

NOTA EDITORIAL

Transcurridos apenas unos meses desde las elecciones generales de 2011 y aún menos desde la formación del nuevo Gobierno, la vida pública española parece estar situándose allí donde era lógico pensar que lo haría. Nada permitía esperar un escenario muy diferente al que podemos contemplar.

Pero lo cierto es que, pese a esa previsión, la acumulación de problemas puede estar generando una cierta sensación de angustia cotidiana mayor que la que sería razonable.

Durante los meses anteriores a las elecciones de noviembre se hizo evidente que el Partido Popular asumiría la responsabilidad de gobernar un tiempo de crisis profundas y simultáneas, un tiempo de grave inquietud social y de intenso deterioro de los indicadores económicos. El respaldo electoral que obtuvo puede interpretarse legítimamente como un respaldo obtenido en ese contexto y para esa tarea.

Sin embargo, y pese a que desde el inicio sabíamos que la que encarábamos sería la legislatura más compleja de nuestra historia reciente, es innegable que se está haciendo presente una sensación de desconcierto, de sorpresa por la profundidad y la extensión de nuestros problemas, que van

más allá de lo económico y alcanzan a lo institucional. Hasta el punto de que parece haberse establecido la costumbre de “apostar” a corto sobre el futuro económico y político de nuestro país, con la evolución intradía de los indicadores económicos convertidos en oráculos del futuro de toda una nación, y con un ruido constante en los medios acerca de lo que espera a los españoles al doblar cada esquina del calendario.

Sin negar relevancia a esos indicadores, la verdad es que hablamos de una nación demasiado vieja y demasiado grande como para admitir cierto tipo de reducciones simplistas sobre el futuro del país.

El contexto internacional no ha ayudado demasiado en este tiempo, y quizás ahí se deba situar el porqué de esa sobreexcitación. Es cierto que se han hecho presentes variables imprevistas y que algunas de las previstas han adquirido una fuerza inesperada. Pero esas dificultades añadidas no cambian en lo esencial ni el diagnóstico ni el pronóstico elaborado a lo largo de los últimos años. Ya sabíamos que esto iba a ser así, y nadie pensó que nombrarla en voz alta conjurara la crisis.

Precisamente por ello es necesario insistir en que el momento económico y social responde básicamente a lo anticipado, y en que justamente para hacerle frente fue elaborado el programa electoral del Partido Popular, que sigue siendo un documento de referencia fundamental para quien busque comprender las causas de nuestra crisis y lo que se debe hacer para superarla.

Que las dificultades por las que atravesamos hayan sido previstas no resta dramatismo a la situación, pero sí debe servirnos para recordar que no nos encontramos a merced de las circunstancias, que se ha trabajado mucho para prever cursos de acción a medio y largo plazo y que se debe acudir a ellos para hallar referencias solventes en las que anclar a la sociedad española.

Es necesario que superemos la sensación de zozobra asociada a los vaivenes a corto plazo; que comencemos a tener de nosotros mismos una visión estratégica que nos permita comprender y asumir las reformas que necesitamos y que sin duda exigen sacrificios importantes por parte de todos.

En ocasiones da la sensación de que España se esté deslizando poco a poco hacia una interpretación poco ajustada a la realidad de sus propios problemas, en lugar de hacer un ejercicio de realismo serio y de establecer con cierta claridad las causas y los responsables de su mala situación.

Empiezan a abundar desde una sedicente “portavocía” de la sociedad civil las proposiciones arbitristas que pretenden hacer pasar por proyectos de reformas meditados lo que no dejan de ser ejercicios más o menos bien intencionados de retórica política, y menudean las recomendaciones públicas al Gobierno, parciales y frecuentemente airadas, que carecen de la solvencia exigible a quienes pretenden erigirse en guías improvisados de una gran nación que tiene que encarar grandes problemas y que, además, acaba de elegir Parlamento y Gobierno.

Frente a todo ello, la ruta más segura se encuentra donde siempre: en el compromiso con el programa de reformas que ha sido propuesto a la sociedad española, que esta ha aprobado en las urnas y que da continuidad a los grandes procesos reformistas de nuestra historia reciente; en el respeto a las instituciones y a los procedimientos; en la prudencia y en el trabajo serio, y no en la improvisación; y en la confianza en las inmensas capacidades de España para hacerse cargo de su circunstancia histórica y para, desde ella y con el liderazgo del Partido Popular, encontrar nuevamente su camino hacia la recuperación económica y política.

No perder las referencias seguras y seguir adelante con determinación es lo que nos va a ayudar a cambiar las cosas. No nos servirá la fragmentación electoral, ni las propuestas radicales, ni las hojas de firmas, que aguantan mal la comparación con el censo electoral, que ha avalado mayoritariamente y hace bien poco el programa *popular*.

Los estudios que presentamos en el número 35 de *Cuadernos de Pensamiento Político* sirven a ese propósito, y son los siguientes: “¿De qué historia aprendemos? Las lecciones de Irlanda del Norte para el resto del mundo”, de Michael Burleigh; “Contradicciones del Estado moralista”, de Kennet Minogue; “¿Nación o nación de naciones? El PSOE y la cuestión nacional, 1975-2011”, de Jorge del Palacio; “El camino de las reformas en

Portugal”, de Miguel Relvas; “Suecia deja atrás los experimentos pedagógicos progresistas”, de Inger Enkvist; “La nueva crisis política en Italia. Factores políticos y económicos de una crisis de legitimidad”, de Fabrizia B. Maggi; “La crisis argentina. El experimento populista de los Kirchner”, de Carlos Pagni; “La ‘cuestión religiosa’ en la Transición”, de Eugenio Nasarre; “El nuevo mundo de Obama”, de José María Marco; “La nueva hispanidad”, de Ilan Stavans; “Agonía y testamento: dos visiones contrapuestas del final de ETA”, de Ángel Rivero, y “Estados Unidos y el orden mundial. Una interpretación del libro de Robert Kagan *El mundo que Estados Unidos hizo*”, de Antonio Sosa.

Por su parte los libros reseñados en este número 35 son: *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España* (Roberto Villa García), por Stanley G. Payne; *Años decisivos. Memorias (1993-2011)* (Jordi Pujol), por Jordi Canal; *Maldito el país que necesita héroes* (Ángeles Escrivá), por Mario Ramos; *Neoconservatism: the Biography of a Movement* (Justin Vaïsse), por Juan Tovar; *Una historia política de los intelectuales* (Alain Minc), por Leah Bonnin; *El animal social. Las fuentes secretas del amor, la personalidad y los logros* (David Brooks), por Ignacio Peyró; *Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea* (Philipp Blom), por Guillermo Graíño; *Fred Terman at Stanford. Building a Discipline, a University, and Silicon Valley* (C. Stewart Gillmor), por José Canosa, y *El desarrollo del Estado social en la década de los noventa. Políticas sociales en un contexto de fuerte crisis económica* (Irene Correas Sosa), por M^a Isabel Álvarez.